

## Cuando los cuidados se cruzan con las migraciones. Breves reflexiones desde Argentina

Ana Inés Mallimaci Barral\*

**RESUMEN:** El presente trabajo propone reflexionar sobre la intersección entre las migraciones y los cuidados dentro de la agenda académica argentina, argumentando que esta perspectiva ofrece un valor interpretativo crucial para comprender las migraciones y, especialmente, las experiencias de las mujeres migrantes. Para ello, en primer lugar, se presentan las dinámicas migratorias hacia la Argentina, destacando la histórica y creciente presencia de mujeres y su inserción precaria en el trabajo doméstico. Posteriormente, se examina el encuentro entre el análisis de los cuidados y el de las migraciones a partir de conceptos clave que surgen de estudios en el Norte Global y han permeado los estudios migratorios latinoamericanos. Finalmente, el artículo reflexiona sobre las consecuencias analíticas y políticas de adoptar la perspectiva del cuidado, enfatizando su capacidad para retomar las promesas feministas, comprender con mayor densidad las trayectorias migratorias y reconocer las múltiples actividades, remuneradas, subremuneradas y no remuneradas que realizan las mujeres migrantes.

**Palabras clave:** *migraciones, cuidados, interseccionalidad.*

**ABSTRACT:** This article reflects on the intersection of migration and care within the Argentine academic agenda, arguing that this perspective provides crucial interpretive leverage for understanding migration—and, in particular, migrant women’s experiences. First, it outlines recent migration dynamics to Argentina, highlighting the long-standing and growing presence of women and their precarious insertion into domestic work. It then examines how care studies and migration studies converge, drawing on key concepts developed in the Global North that have permeated Latin American scholarship. Finally, the article considers the analytical and political implications of adopting a care-centered lens, emphasizing its capacity to revive feminist promises, to deepen the analysis of migrants’ trajectories, and to recognize the multiple forms of labor—paid, underpaid, and unpaid—performed by migrant women.

**Keywords:** *migration, care, intersectionality.*

## 1. Introducción

En los últimos años, la categoría de *cuidados* ha sido incorporada en múltiples investigaciones e informes orientados a comprender la vida y las experiencias de las poblaciones migrantes, especialmente de las mujeres. Su divulgación y aceptación ha sido destacable conformando en pocos años una categoría ineludible en el análisis migratorio. En este trabajo, me propongo reflexionar sobre el proceso de incorporación de los cuidados en la agenda académica argentina y analizar algunos de sus efectos más relevantes, así como avanzar sobre las implicancias de asumir una *perspectiva del cuidado* que, como veremos, supone un plus interpretativo para analizar las experiencias de las mujeres migrantes.

Este artículo parte de la idea de que el conjunto de estudios que abordan las migraciones desde las prácticas y narrativas del cuidado conforman una línea interpretativa que busca comprender las múltiples articulaciones entre los movimientos migratorios y las construcciones de género. Al mismo tiempo, permiten analizar sujetos, aspectos y dimensiones poco exploradas por los enfoques migratorios tradicionales. De este modo, las investigaciones sobre cuidados y migraciones constituyen un nuevo capítulo dentro de una tradición más amplia que incorpora los aportes de los estudios de género al campo migratorio tanto a nivel local, como regional y global. Sin embargo, este conjunto de categorías, a la vez novedosas y clásicas, asume sentidos diferenciales desde una perspectiva de cuidados y de acuerdo a los contextos locales donde se aplican.

Por ello, en la primera parte del trabajo se destacan algunas de las características centrales de las dinámicas migratorias hacia la Argentina, como contexto ineludible para comprender el modo en que inciden las prácticas de cuidado entre la población migrante. Luego, se enfatiza la importancia de incorporar la perspectiva de género y de cuidados para analizar las trayectorias y prácticas de las mujeres migrantes, atendiendo a las formas de su apropiación en el campo de los estudios migratorios locales. Finalmente, se señalan las dimensiones que adquieren nuevos matices cuando son abordadas desde este tipo de perspectiva. Si bien se trata de un ejercicio reflexivo, las afirmaciones aquí vertidas se basan en un extenso trabajo de campo cualitativo desarrollado en el marco de distintas investigaciones realizadas durante la última década sobre las trayectorias y experiencias de mujeres de origen latinoamericano de diferentes edades residentes en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA).

## 2. Un poco de contexto: las migraciones en la Argentina

Al igual que en muchos países de América Latina, en la Argentina los movimientos migratorios constituyen un componente esencial en la narrativa sobre la conformación del Estado y de la sociedad nacional. El período excepcional de las migraciones europeas, que a principios del siglo XX representaron el 30% de la población, fue acompañado por movimientos provenientes de países sudamericanos, principalmente limítrofes, que pueden considerarse parte estructural de las dinámicas demográficas locales. Sin embargo, a lo largo del siglo la población no nativa en el país fue disminuyendo su peso relativo. Los últimos

datos estadísticos disponibles para analizar en profundidad la población extranjera en el territorio argentino corresponden al Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas del año 2022, el cual mostró que, pese al incremento absoluto del número de personas extranjeras, su proporción respecto de la población total se mantiene relativamente estable en los últimos 30 años, representando actualmente el 4,2%. En cuanto a su composición interna, a partir de 1991, los censos registran un predominio de las personas nacidas en países limítrofes. Asimismo, desde el año 2001, se va incrementando la población migrante originaria de países de América no limítrofes con la Argentina. El último censo registra un 65.9% de migrantes limítrofes, un 23.5% del resto de América y el 8.3% de Europa (INDEC, 2024). Por otro lado, las estadísticas sobre radicaciones otorgadas en los últimos años también muestran la prevalencia de migrantes procedentes de Paraguay y del Estado Plurinacional de Bolivia, a los que se suman, más recientemente, personas de la República Bolivariana de Venezuela que ocupan los primeros puestos en la actualidad (OIM, 2023a). De este modo, las dinámicas actuales argentinas se inscriben fundamentalmente en movimientos Sur-Sur, lo que confiere características específicas a la población migrante en el país.

Por otra parte, se constata una histórica presencia de mujeres migrantes. Las estadísticas indican que un tercio del total de la población migrante proveniente de Europa estuvo conformado por mujeres (Cacopardo, 2011), y la mayoría de los estudios coinciden en que muchas de ellas se insertaron como trabajadoras asalariadas en el mercado laboral local (Devoto, 2004). A partir de 1930, la migración europea modificó su sesgo masculino y aumentó la proporción de mujeres inmigrantes, alcanzando hacia la década de 1950 una equiparación entre los ingresos femeninos y masculinos, aunque el conjunto de la población europea continuó siendo mayoritariamente masculino. En ese mismo período se cerró el ciclo de la inmigración de ultramar y comenzó a crecer la importancia relativa de las migraciones provenientes de países vecinos, las cuales presentaron desde sus inicios una feminización temprana (Cacopardo, 2011). Desde la década de 1980 se observa, además, una mayor presencia femenina vinculada con dos procesos: la mayor sobrevivencia de migrantes de edad avanzada y el aumento del ingreso de mujeres provenientes de países de la región. De esta manera, la presencia relativa de mujeres migrantes fue aumentando a lo largo del siglo XX en la misma medida en que se incrementó el peso de las migraciones latinoamericanas. Los censos registran que, desde el año 2001, hay más mujeres que varones entre la población residente, alcanzando un 54,9 % en el año 2022 (INDEC, 2024). Esta participación femenina se inscribe en estrategias laborales familiares, en un contexto donde las corrientes regionales eran sobre todo temporarias y se caracterizaban por una elevada movilidad espacial. Los datos confirman, así, la significativa y temprana relevancia de la afluencia de mujeres en los movimientos migratorios hacia la Argentina.

Por otro lado, esta importante y sostenida presencia de mujeres migrantes habilita un análisis histórico del vínculo entre migración femenina y trabajo. En términos generales, la migración sudamericana ha respondido a una demanda de empleo generada por el sector informal. Así, los trabajos desempeñados por las mujeres migrantes, aun cuando comparten rasgos con los tradicionalmente asignados a las mujeres en general, presentan particularidades derivadas de su condición de extranjeras, de los proyectos migratorios familiares y de las configuraciones locales de los mercados laborales. En las grandes ciudades

argentinas, su inserción se concentra en actividades marcadas por la informalidad, la inestabilidad y la precariedad —como el trabajo doméstico, el sector textil y el comercio informal—. Actualmente, la mayor parte de las migrantes se dedican al trabajo de casas particulares, una inserción que aumenta entre las nacidas en Perú y Paraguay (OIM, 2023b). La sobrerrepresentación de mujeres migrantes en estos ámbitos evidencia que las jerarquías de género constituyen un elemento estructural de la fuerza de trabajo como mercancía, revelando la imposibilidad de concebir a los y las trabajadoras como “sujetos neutrales que existen independientemente de las relaciones de poder ligadas al género, la etnia y la raza, inscritas en sus cuerpos” (Mezzadra y Neilson, 2016, p. 165). Esta jerarquización se sostiene en la premisa de que las mujeres migrantes serían las más aptas para determinadas tareas, generalmente precarias, mal remuneradas e informales.

Tal como ya se ha mencionado, en los últimos años han cobrado relevancia nuevas corrientes migratorias procedentes de Colombia, Ecuador y, especialmente, Venezuela. Se trata de flujos con características distintas de las migraciones regionales tradicionales, cuyos integrantes suelen contar con credenciales educativas o aspiran a obtenerlas en el sistema universitario argentino. No obstante, durante los primeros años de residencia, las mujeres migrantes continúan insertándose mayoritariamente en ocupaciones precarizadas dentro del sector de servicios (Pedone y Mallimaci, 2019); con el tiempo, la permanencia en el país permite, en algunos casos, trayectorias de movilidad social ascendente que, dependiendo del origen de clase, la nacionalidad y el alcance de las redes de las mujeres, pueden desarrollarse dentro o fuera del sector de cuidados remunerados (Mallimaci Barral y Magliano, 2022).

Pese a esta histórica presencia femenina, durante décadas los movimientos de población fueron narrados a partir de las experiencias y voces de los varones europeos, que se erigieron como referentes desde los cuales se escribió la historia. De este modo, los estudios se organizaron en torno a representaciones sociales clásicas sobre los desplazamientos y los géneros, que invisibilizaron dimensiones fundamentales para comprender los fenómenos migratorios. En particular, se priorizó la dimensión económica y se concibió a las personas migrantes como sujetos racionales y autónomos. Desde los años ochenta, sin embargo, la disciplina experimentó una transformación estructural a partir de nuevas coordenadas analíticas, entre las que se destacan las investigaciones inspiradas en una concepción feminista del mundo y las ciencias sociales. Estas se propusieron examinar las experiencias diferenciadas de las mujeres, transformando categorías centrales que otorgaron inteligibilidad a la diversidad de formas y sentidos de los desplazamientos, visibilizando las desigualdades en las movilidades y renovando las concepciones sobre las familias y el mundo del trabajo.

En conjunto, estas particularidades del contexto argentino vuelven necesario situar y traducir los aportes de la perspectiva de género y de los estudios del cuidado, cuyas principales categorías surgieron a partir de investigaciones sobre las migraciones de mujeres del “sur” hacia el “norte”. Si bien dichos aportes fueron invalorable para la transformación de la agenda migratoria y para el conocimiento de las experiencias de las mujeres migrantes, no siempre lograron captar las complejidades de las migraciones Sur–Sur. Por ello, el propósito de este trabajo es examinar los aportes que la perspectiva del cuidado ofrece al

campo de los estudios migratorios desde una mirada de género y en diálogo con las particularidades locales de las dinámicas migratorias argentinas.

### 3. El cuidado como perspectiva

En los últimos años, la temática del cuidado se ha instalado en las agendas investigativas y ha comenzado a consolidarse en algunos países como un área de interés para las políticas públicas y las dependencias estatales. La categoría dominante, utilizada por la mayoría de los organismos nacionales e internacionales, suele entenderse como el conjunto de prácticas, individuales o institucionales, remuneradas o no, orientadas a sostener la vida de otras personas, generalmente consideradas con algún grado de dependencia. Una definición que se repite en la región es aquella que entiende cuidar como el trabajo que se realiza en pos de mantener o preservar la vida del otro y que involucra aspectos tanto materiales, como afectivos y psicológicos (Esquivel, 2015; Vega y Gutiérrez-Rodríguez, 2014). Sin embargo, diversas autoras feministas han sugerido desde hace tiempo que es posible pensar el *cuidado* también como una perspectiva analítica más amplia, capaz de iluminar el conjunto de las relaciones sociales. En este sentido, existe cierta analogía con el debate en torno a la utilización del género, que también puede abordarse como categoría o como perspectiva de análisis (Mallimaci Barral, 2009). De esta manera, asumir una *perspectiva de cuidado* implica comprender el trabajo de cuidar como una actividad genérica que abarca “todo eso que hacemos para mantener, perpetuar y reparar nuestro mundo, de modo que podamos vivir en él de la mejor manera posible” (Tronto, 2007, p. 13). Ese “mundo compartido” que debe ser sostenido, incluye tanto a las personas, dependientes y no dependientes, como al entorno que habitamos. Desde el punto de vista ético y político, esta noción parte del reconocimiento de una *vulnerabilidad común* y de la interdependencia que atraviesa a todos los sujetos sociales, quienes requieren de cuidado y apoyo a lo largo de sus vidas (Tronto, 2020). El trabajo de cuidado, por tanto, resulta indispensable para sostener la vida dentro de un entramado de relaciones de interdependencia.

En un esfuerzo por historizar el desarrollo del concepto, puede afirmarse —siguiendo a Arango Gaviria (2011, p. 92)— que “el cuidado constituye una de las categorías que la crítica feminista ha producido en su esfuerzo por construir herramientas conceptuales adecuadas para comprender las particularidades de una buena parte del trabajo que realizan las mujeres”. Gaviria inscribe esta historia en una perspectiva del cuidado cuyas teorías tienen sus primeros desarrollos en los estudios de psicología moral elaborados por Gilligan (1982), utilizados para debatir sobre las características morales y emocionales del trabajo de las mujeres. Estos aportes fueron luego retomados y politizados por autoras que, entre otros avances, definieron el cuidado como una actividad en sí misma y abrieron el estudio de su desigual distribución social (Tronto, 1993).

Desde las vertientes de la economía feminista, en particular, se ha insistido en la indispensable visibilización de las tareas desarrolladas para el sostenimiento cotidiano de la vida humana como un trabajo esencial, a pesar de que en su gran mayoría no tienen remuneración. El trabajo reproductivo, sostiene esta perspectiva, es una parte fundamental del

funcionamiento de la economía y, por tanto, un problema de la esfera pública y no de los hogares (Federici, 2016). Así pues, las investigaciones realizadas desde la economía feminista han sacado a la luz el trabajo no remunerado, haciendo emerger a toda una esfera de actividad económica que antes no se veía y donde las mujeres han estado históricamente presentes (Pérez Orozco, 2014). Asimismo, como señala Valeria Esquivel (2015), en los últimos años el cuidado ha pasado de ser un concepto analítico restringido al ámbito académico a formar parte de un debate político sobre la construcción de “una agenda de cuidados feminista y transformadora”, que implica discutir no solo “quién brinda cuidados, a quién y a qué costos, en cada contexto particular”, sino también “quién debe cuidar, a qué poblaciones y cómo se reparten los costos del cuidado, de modo que la agenda del cuidado contribuya a la equidad de género” (Esquivel, 2015, p. 64).

En este derrotero, que lleva al cuidado desde las trincheras del feminismo académico hacia la escena de los organismos internacionales y los Estados, así como hacia su apropiación por parte del activismo militante, los significados del cuidado se multiplican y se convierten en un campo de disputa. En ese proceso se produce un cruce fundamental con los estudios migratorios que, tal como se sostiene en este trabajo, resulta decisivo para la emergencia de nuevas miradas críticas en el análisis de las migraciones.

#### **4. El cruce entre el análisis de los cuidados y migraciones**

El primer concepto relevante que articuló los campos de estudio del cuidado y de las migraciones vino de los países del norte y fue el de “cadenas globales de cuidado”, asociado a la denominada feminización de las migraciones y a las transformaciones en los Estados de bienestar europeos en el contexto de la globalización. Esta línea de investigación es tributaria de la economía feminista —que problematiza la separación entre las esferas productiva y reproductiva—, de los estudios sobre trabajo emocional y de los enfoques críticos sobre las migraciones, entre ellos, los feministas. En este sentido, las condiciones que hicieron posible el surgimiento de este concepto derivaron tanto de la visibilización de las mujeres como sujetos activos de los procesos migratorios, como de la inclusión del cuidado en la agenda feminista internacional ante la retirada del Estado en la provisión de los cuidados. La llamada crisis de los cuidados en los países del Norte evidenció el debilitamiento de los sistemas de protección estatales que puso en riesgo el derecho a ser cuidado privatizando la responsabilidad de su ejercicio delegado principalmente a las familias y, dentro de ellas, a las mujeres. Esta crisis supone entonces la reorganización de los trabajos de cuidados que continúa descansando mayoritariamente sobre las mujeres, pero que también depende del empleo de “otras” mujeres (Pérez Orozco, 2007). Así, la participación creciente de las mujeres en las migraciones se analiza desde la lente de esta crisis ante la cada vez mayor demanda en trabajadoras de cuidados remunerados.

La noción de “cadenas globales de cuidado” avanza un paso más. Acuñada por Hochschild (2000) que venía desarrollando una línea de investigación sobre “trabajo emocional” y “se encuentra” con las migrantes que ocupan los empleos remunerados de cuidados en los hogares estadounidenses, permite visibilizar en las discusiones sobre el cuidado

el último eslabón de la cadena, el de los hogares en las sociedades de origen (Herrera, 2011). La autora describe un proceso de “fuga de cuidados” desde los países del Sur hacia los del Norte, o tal como lo denominó la autora una “importación del amor y del cuidado de los países pobres por parte de los países ricos”. Desde esta perspectiva, el amor y el cuidado pueden pensarse como recursos que se extraen de unos contextos y se consumen en otros, dando lugar a un “imperialismo emocional” caracterizado por una distribución desigual de la afectividad.

Las causas de este fenómeno se vinculan con la creciente incorporación de las mujeres al mercado de trabajo en los países desarrollados, la polarización social y la expansión de redes femeninas transcontinentales. En este marco, las mujeres de los países empobrecidos migran para desempeñarse como cuidadoras remuneradas —de niños, ancianos o personas dependientes— en hogares de los países enriquecidos, dejando con frecuencia a sus propios hijos e hijas al cuidado de otras mujeres en los países de origen y a esta red interconectada y desigual se la define como “cadenas globales de cuidados”. La inclusión de los afectos y del cuidado como sectores asalariados evidenció la manera en que la globalización reproduce y profundiza las desigualdades de género, clase y nacionalidad. A medida que se desciende en la cadena global de cuidado, el valor simbólico y económico del trabajo tiende a disminuir, hasta volverse no remunerado (Herrera, 2011).

Casi paralelamente a la emergencia del concepto de cadenas globales del cuidado, comienza a construirse dentro del campo de los estudios migratorios la perspectiva “transnacional”. Si bien, como lo señala Suárez Navaz (2008), las producciones teóricas y empíricas sobre la dimensión transnacional de los procesos migratorios encierran una multiplicidad de sentidos, todas coinciden en la crítica al “nacionalismo metodológico” en tanto supuesto que comprende que los fenómenos sociales tienen como contenedores naturales a los territorios de las naciones. En los estudios migratorios ello significa considerar el traslado como una situación excepcional en trayectorias de vida sedentarias y territorializadas y que las personas una vez convertidas en migrantes desarrollan acciones y relaciones sociales orientadas únicamente hacia las naciones de destino. (Mallimaci 2016). La perspectiva transnacional se pone como objetivo aprehender los fenómenos migratorios desde una epistemología y metodología que vaya más allá de las fronteras del Estado-nación y del imaginario que impone (Suárez Navaz, 2005).

En este contexto de debate, fueron diferentes investigadoras que venían trabajando con mujeres migrantes quienes señalaron la importancia de repensar por fuera de los márgenes del estado nacional categorías clásicas como las de “familia” y “maternidad”. Partiendo de similares contextos a los que dieron lugar a la emergencia del concepto de “cadena de cuidados” (feminización, crisis del Estado de Bienestar e incorporación de las mujeres de los sectores medios al mundo de los empleos remunerados) y ante la evidencia de la feminización de las migraciones hacia los países del norte —que, tal como lo señalan Pedone y Gil Araujo (2008) supone tanto un aumento de la cantidad de mujeres como su preeminencia como pioneras de las cadenas migratorias— emergen a mediados de los años noventa los conceptos de familia y maternidad “transnacional”. Es decir, que dentro del contexto de las “cadenas mundiales de cuidado” es posible comprender la constitución de una maternidad y una organización familiar desterritorializada donde las mujeres continúan gestionando o

controlando el cuidado de sus hijos e hijas a pesar de la distancia geográfica que impone su traslado. Estas investigaciones mostraron que la idea de una “familia quebrada” como producto de las migraciones, que funcionaba también como una narrativa moral que penaliza a las mujeres migrantes, debía ser puesta en tensión, al igual que las concepciones territoriales del cuidado, basadas en la interacción cara a cara. Las maternidades transnacionales revelaron que el cuidado puede gestionarse a distancia mediante redes familiares, tecnológicas o comunitarias. En términos estrictos, las familias transnacionales han existido siempre que un o una migrante continúa con los vínculos familiares a través de los espacios nacionales (por ejemplo, a través del envío de remesas). La centralidad de las mujeres en los flujos migratorios hacia los países del norte y la naturalización del ejercicio del cuidado por parte de las mujeres orientaron los análisis hacia los cuidados transnacionales (prácticas reproductivas) que se suman a provisión económica de la familia (prácticas productivas) por parte de quienes se desplazan.

Debe destacarse que se trata de categorías que emergen de investigaciones cualitativas que analizan los relatos y representaciones de las propias migrantes (generalmente hacia países del norte) y que, en gran parte, realizaron trabajos de campo en las sociedades de origen y de destino. De esta manera, los trabajos sobre mujeres migrantes desde una perspectiva transnacional suman a la comprobación de la existencia de una cadena de cuidados global la posibilidad del ejercicio de las prácticas de cuidado más allá de las fronteras nacionales. Siguiendo a Herrera (2012, 2016), la migración internacional de mujeres hacia tareas reproductivas junto con la posibilidad del ejercicio de una maternidad transnacional (que combina elementos reproductivos y productivos) tensionan las categorías tradicionales y las barreras entre trabajo productivo y reproductivo dentro de los hogares. Asimismo, se introducen ejes de desigualdad que explican la transferencia *entre* los hogares en base a ejes de poder, entre los que cabe destacar el género, la etnia, la clase social, y el lugar de procedencia (Pérez Orozco, 2009).

En América Latina, las categorías de “cadenas de cuidado”, “maternidad” y “familia transnacional” se desarrollaron inicialmente en el marco de investigaciones que tomaban como objeto de estudio las migraciones de mujeres latinoamericanas hacia Europa, es decir las investigadoras que vivían o hicieron trabajo de campo en las sociedades donde se hallaban los hogares del “último eslabón” de la cadena de los cuidados (entre otras, Pedone, 2006; Herrera, 2013, 2016).

También fue importante para la circulación de estos conceptos una serie de investigaciones financiadas por el Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas para la Promoción de la Mujer (UN-INSTRAW) que analizaron la construcción de estas cadenas y sus especificidades en el contexto regional continuando el trabajo de Amaia Orozco publicado en el 2007 sobre “cadenas globales de cuidado”. Estos trabajos fueron realizados en Chile, Perú y en la Argentina coordinados por economistas que venían trabajando con el concepto de “economía de cuidado”. En la Argentina, coordinado por Sanchis y Corina Enríquez fue publicado en el 2012 y se centró en el corredor argentino-paraguayo y puede considerarse junto con el trabajo de Maguid y Cerruti sobre las cadenas de cuidado de argentinas en España (realizado en el 2010 para UNFPA Y

CEPAL) como los trabajos pioneros en trabajar la relación entre cuidado y migraciones en el ámbito local.

De esta manera, la incorporación de los cuidados en los estudios migratorios latinoamericanos reprodujo lo ocurrido en la inclusión de la categoría de género: la agenda académica externa que emerge a partir de una transformación en las dinámicas migratorias (en este caso, la feminización cualitativa y cuantitativa de las migraciones Sur-Norte) permea los intereses de las organizaciones transnacionales que financian investigaciones pioneras sobre estas temáticas en el país y colaboran en reorganizar la agenda de los estudios de género y migración locales. Este primer impulso, permite consolidar una línea de investigación propia, que pone en diálogo las desigualdades estructurales de género, las cadenas de cuidados con las condiciones específicas de las migraciones Sur-Sur.

## 5. Derivas analíticas del cuidado y las migraciones

Luego de un primer momento de investigaciones que intentan replicar las agendas del norte (feminización de las migraciones, familias y cuidados transnacionales, impacto de las migraciones en los estudios de género) se despliegan en la Argentina<sup>1</sup> trabajos que se proponen traducir las nociones vinculadas al cuidado a la realidad migratoria local generalmente conducidos por investigadoras que venían, o bien trabajando temas de cuidados remunerados o bien temas de género y migraciones.

En la actualidad, la agenda del cuidado atraviesa buena parte de los estudios migratorios, especialmente aquellos centrados en las trayectorias familiares y en las experiencias de mujeres desde perspectivas interseccionales. El eje de esta línea de trabajo se concentra inicialmente en las trabajadoras de cuidados remunerados migrantes y continúan una larga tradición anterior tanto sobre género y migraciones como de trabajadoras de cuidados. Asumir la perspectiva del cuidado tiene una serie de consecuencias analíticas y políticas que merecen destacarse. A continuación, se abordan tres de ellas: la recuperación de las promesas clásicas del feminismo, la articulación entre esferas y trayectorias, y la ampliación del análisis hacia las actividades de cuidado fuera del hogar.

### a. Supone retomar las promesas clásicas del feminismo

Tal como ya se ha recordado, los primeros trabajos sobre géneros y migraciones se centraron en la migración de mujeres migrantes pioneras que se trasladaban del sur al norte. El hecho de que se tratara de mujeres impulsó el análisis de dimensiones poco exploradas en los estudios clásicos, especialmente aquellas vinculadas a los arreglos familiares locales y transnacionales a partir de los cuales comenzó a pensarse en “los cuidados”. Sin embargo,

---

1. En este contexto de crítica creciente al modelo científico argentino, quisiera destacar que esto sólo fue posible por las oportunidades que da el CONICET de impulsar investigaciones que no dependan necesariamente de financiamientos externos. Esta modalidad permite desafiar y tensionar las categorías dominantes en los diferentes campos de saberes para generar conocimiento crítico, novedoso y situado.

en un primer momento la centralidad del empleo de las mujeres pioneras y su rol activo en el envío de remesas, que era subrayado como un modo de legitimar la relevancia de su estudio, mantuvo las dicotomías clásicas del pensamiento migratorio y social. Un efecto paradójico de este primer impulso de los trabajos sobre género y migración es la consolidación de un supuesto a partir del cual se considera que las mujeres pasan a ser consideradas relevantes como objeto de análisis cuando se las considera como “trabajadoras” y “autónomas” aun cuando se ahonde en las lógicas reproductivas y familiares que organizan sus proyectos. De esta manera, se le otorga menor importancia al análisis del movimiento migratorio de las mujeres con proyectos familiares lo que continúa reforzando la idea de que las formas tradicionales de comprender sus migraciones continúan vigentes, de que la “reunificación familiar” explica de manera exhaustiva las motivaciones de sus desplazamientos y de que las migraciones masculinas pueden prescindir de las lógicas familiares. La aplicación situada de estas ideas en otros contextos migratorios, especialmente en dinámicas Sur-Sur, donde la migración en contextos familiares sigue siendo un tipo de organización migratoria relevante, permite multiplicar sus sentidos. La generización de los estudios migratorios se había iniciado y sus caminos se diversificaron, dando lugar a un campo que comenzó a articular las dimensiones laborales, familiares y afectivas de la movilidad

Con el tiempo, el campo avanzó hacia el análisis del conjunto de prácticas que abarcan el cuidado, local o transnacional, de madres migrantes para luego incluir la perspectiva del cuidado que supone un plus interpretativo. Partir de una mirada que reconoce la importancia del entramado de cuidados para el sostenimiento de la vida, y que entiende que la forma de organizar y definir las prácticas del cuidado es central para comprender las sociedades en y sus limitaciones, tiene un impacto particular en el campo de los estudios migratorios. En las teorías migratorias clásicas, y aquellas contemporáneas de corte economicista, se parte de una visión individualista de la migración subrayando la importancia de los vínculos con el mercado para comprender las formas y sentidos de los desplazamientos. La opacidad de las tareas de cuidados bajo esta mirada, tanto en origen como en destino, explica en gran parte la larga invisibilidad de las mujeres migrantes como sujetas migratorias que marcó la historia de la disciplina hasta los años ochenta. En aquel período, las mujeres ingresaban en el análisis como las “familias” del varón trabajador, considerado el verdadero migrante. Entender que aquellas prácticas no mercantiles que suceden dentro de las familias, puertas adentro de los hogares, pero también en diversos espacios públicos y semipúblicos, no tienen vinculación directa con las dinámicas migratorias condiciona las formas de comprender sus lógicas y el lugar de las mujeres en ellas.

Siguiendo los aportes de muchas feministas interesadas en las migraciones que venían cuestionando estos supuestos (entre otras Chant y Radcliffe, 1992; Gregorio Gil, 1997; Herrera, 2012; Hondagneu-Sotelo, 2000; Magliano, 2009; Mallimaci Barral, 2005), la inclusión de la perspectiva del cuidado colabora en el debate y ofrece una mirada más compleja de los procesos migratorios. Bajo esta perspectiva, la trayectoria migratoria y laboral de las personas migrantes se vincula con los arreglos gestionados y reproducidos por diferentes actores, especialmente por mujeres, para garantizar los cuidados en los hogares de origen y destino a lo largo del proceso migratorio. La mirada ya no está puesta únicamente en la sociedad de destino, sino también en la sociedad de origen y en otras sociedades por

las que se circula y desde las cuales se despliegan las múltiples prácticas transnacionales que desarrollan las y los migrantes.

De este modo, la perspectiva del cuidado viene a reafirmar una idea clásica de las teorías feministas al señalar que es imposible pensar las tareas laborales y económicas de manera escindida de las tareas de reproducción. En este punto, también se enlaza con tradiciones críticas del pensamiento migratorio, como la de Abdelmalek Sayad (1999), quien, por fuera de la tradición feminista y de género, propone que distinguir una migración laboral, masculina y temporal, de otra familiar, femenina y permanente, tal como se ha hecho desde perspectivas clásicas, separa de modo artificial fenómenos que deben ser analizados como partes de un mismo movimiento. Las migraciones laborales no pueden comprenderse sin los arreglos familiares que la sostienen y reproducen y las migraciones familiares suponen muchas veces desplazamientos laborales.

Este conjunto de desafíos al canon migratorio impulsó diversos trabajos sobre mujeres migrantes cuyo alcance teórico fue mucho más lejos. Si bien el derrotero seguido por los estudios dominantes se ha centrado en las “migraciones de cuidado” emergen trabajos situados en las complejas movilidades que se dan dentro y entre países del sur (Borgeaud-Garciandía y Georges, 2014) que expanden los sentidos de las migraciones y de los cuidados.

La promesa feminista de una transformación estructural de las disciplinas no solo apuntaba a la emergencia de nuevos objetos empíricos (“las mujeres migrantes trabajadoras”) sino, especialmente, a la renovación de las herramientas conceptuales utilizadas para el análisis de sus desplazamientos. En este sentido, es posible concluir que la incorporación de la perspectiva de cuidado para comprender las movilidades y trayectorias migratorias de las mujeres alienta este tipo de transformaciones al reconstruir nociones centrales al pensamiento migratorio. Este cambio de mirada resulta especialmente relevante para el análisis de los itinerarios de mujeres latinoamericanas que migraron, y continúan migrando, en contextos familiares de las migraciones Sur-Sur.

## **b. Permite repensar las trayectorias migratorias**

El cruce entre los estudios sobre cuidados y los migratorios reafirma y profundiza las transformaciones prometidas por el feminismo al señalar la relevancia de las prácticas reproductivas en todos los desplazamientos migratorios. De esta manera, subraya lo inconducente de la interpretación dicotómica entre el mundo laboral y el familiar. En este sentido, uno de los principales argumentos a favor del uso de la perspectiva del cuidado es su potencial para articular conceptualmente prácticas, personas y espacios que el pensamiento binario tradicional mantuvo diferenciados, como el trabajo y el hogar, las actividades remuneradas y no remuneradas, el origen y el destino. Pero sobre todo permite relacionarlos y analizar cómo operan en ellos las jerarquías laborales, sociales y morales, visibilizando el peso de las tareas de cuidado no remunerado y su natural asociación con las mujeres.

El análisis de las trayectorias migratorias y de sus diferentes etapas gana en profundidad al considerar este tipo de articulaciones, especialmente en el caso de las mujeres.

Para ejemplificar estos argumentos, se parte de algunos emergentes del análisis de las trayectorias de migrantes latinoamericanas en la Argentina que he venido trabajando en los últimos años.

En el caso de las jóvenes madres, en términos generales, la migración suele iniciarse a partir de la experiencia de un malestar en las sociedades de origen que impulsa el movimiento migratorio. A la precariedad económica y política, que comparten con los varones, las mujeres migrantes suelen sumar un déficit de cuidados. En este sentido, resulta fundamental el hecho de que la maternidad se experimente como un evento ineludible y disruptivo en las trayectorias de las mujeres (lo que no sucede necesariamente con los varones) y que, para algunas de las entrevistadas, se trate de una experiencia que se desarrolla sin pareja. La maternidad supone una mayor demanda del trabajo no remunerado de cuidado en el hogar y un aumento del monto necesario para el sostén económico del hogar, una tensión de difícil resolución que requiere una extensa y presente red de cuidados. Esta doble presión se encuentra entre las principales motivaciones que llevan a las mujeres a migrar hacia la Argentina con el fin de poder acceder al plus de ingresos necesario para sostener los hogares de origen o a los hijos e hijas que migran con ellas.

Para poder concretar el desplazamiento migratorio no solo es necesario financiar económicamente el viaje y contar con redes que faciliten vivienda y empleo en destino, como suele ocurrir entre la población migrante, sino también resolver la gestión de los cuidados en el hogar (otro tema ausente en las experiencias de los varones), tanto de hijos e hijas que se quedan como de familiares mayores, estén o no en pareja. Únicamente cuando logran resolver los cuidados, muchas veces a partir del trabajo de cuidado no remunerado de otras mujeres, es posible pensar en realizar el desplazamiento migratorio. Como han señalado las investigaciones sobre “familias transnacionales” (Pedone, 2002), las mujeres migrantes que migran sin sus hijos e hijas, no sólo deben enviar remesas para sostener económicamente los hogares en origen, una demanda compartida con los varones, sino que dedican una parte importante de su tiempo en mantener un vínculo “amoroso” y en participar en las decisiones cotidianas respecto de las sociabilidades y los itinerarios educativos de sus hijos e hijas. En caso de no poder responder a estas exigencias, se enfrentan a sanciones morales que condicionan sus vínculos con las sociedades de origen. De este modo, el envío del dinero en forma de remesa no es suficiente para cuidar a la familia a la distancia. Estos arreglos familiares en la gestión de la familia transnacional suponen un plus de labor que incide en la toma de decisiones en el resto de las esferas de sus vidas como migrantes.

En la Argentina, como ya ha sido señalado, muchas mujeres migran en contextos familiares o han reunificado a sus hijos/as después de algunos años de trabajo en el país. De esta manera, a diferencia de los trabajos centrados en las familias transnacionales, las mujeres migrantes deben lidiar de manera adicional con las prácticas de cuidado no remuneradas que sostienen los hogares en destino: la limpieza, el cuidado de personas dependientes, el sostén del vínculo con agentes estatales, la salud familiar y las esperas que conlleva este último tipo de tareas (Mallimaci y Magliano, 2020). Las personas migrantes deben dedicar una parte importante de su tiempo a la realización de los trámites vinculados con su situación migratoria y a esperar los diferentes resultados de estas gestiones que, en el caso de las

mujeres, no son únicamente las propias sino las familiares. Muchas veces, este cuidado se adiciona al cuidado transnacional.

La feminización de las tareas que sostienen el hogar y la vinculación con la sociedad receptora ocasiona un déficit temporal entre las mujeres que condiciona el resto de su trayectoria: las formas de inserción en el mundo de trabajo local, las prácticas residenciales, las estrategias de movilidad social y la participación en espacios comunitarios, políticos y recreativos. Las decisiones tomadas en torno a las inserciones laborales, siempre limitadas para el caso de las mujeres y de la población migrante, el tipo de empleo, la extensión de las jornadas, el lugar donde se trabaja, deben permitir el sostén de las tareas reproductivas en los hogares condicionando el horizonte de posibilidades de las mujeres. En sus empleos, como la mayor parte de las mujeres, deben flexibilizar horarios para cuidar y gestionar el mundo doméstico con pocos recursos económicos y, en algunas ocasiones, sin la facilidad de las redes familiares que suelen resolver el déficit de cuidados en otras familias de sectores populares.

En definitiva, sostener las actividades de cuidado no remuneradas supone un plus de trabajo que tiene consecuencias directas en los empleos posibles de ser realizados, en la posibilidad de una movilidad laboral por fuera de los sectores informales y precarios en los que suelen insertarse la población migrante latinoamericana en la Argentina, la generación de estrategias de movilidad ascendente extra laborales (como las educativas) y en la participación en espacios de organización y resistencia colectiva. Estas estrategias y actividades requieren una disponibilidad temporal extra, por fuera del tiempo productivo y el dedicado al cuidado, que las mujeres migrantes no suelen disponer. En las investigaciones realizadas queda claro que esta tensión y requerimientos temporales significa, generalmente, la decisión de posponer aspiraciones de ascenso social para poder brindar estas oportunidades a sus hijos e hijas. Por el contrario, las mujeres migrantes que han podido acceder a la educación superior después de un tiempo de residir en el país o ingresaron en trabajos formales, tuvieron que resolver el trabajo de cuidado no remunerado de sus hogares, ya sea por el paso del tiempo, el acceso a espacios de cuidados estatales, la utilización de redes familiares o comunitarias. Asimismo, suelen no cargar con el peso de las remesas que supone una familia transnacional. En conjunto, son estrategias que posibilitan una menor carga económica y de cuidados y la generación de un plus temporal posible de ser invertido en otras actividades o seleccionar las opciones laborales (Mallimaci Barral, 2018)<sup>2</sup>. De esta manera, las trayectorias familiares, laborales y migratorias son imposibles de ser analizadas de manera unitaria. Las mujeres realizan un trabajo extra para poder compatibilizar estas esferas lo que tiene efectos muy concretos en sus vidas.

La mirada que cruza migraciones y una concepción amplia de los cuidados permite comprender de manera más profunda los múltiples sentidos de los itinerarios de las migrantes, tanto en torno al desplazamiento como a las formas de vida en las sociedades de destino, articulando los mundos laborales, familiares y los espacios por los que circulan.

---

2. Esto no significa que el contexto político, económico y educativo no sea relevante. Por el contrario, este tipo de estrategias planificadas requieren de condiciones contextuales propicias para efectivizarse: políticas migratorias que permitan la radicación, la presencia de universidades cercanas, la demanda laboral en espacios registrados y la posibilidad de evadir estigmatizaciones varias, entre otras.

### **c. Lo que hacen las mujeres migrantes. Actividades de cuidados fuera de los hogares.**

Una particularidad de las mujeres migrantes es que las actividades que realizan fuera de sus hogares, remuneradas y subremuneradas, se encuentran también vinculadas con actividades del cuidado, especialmente el trabajo de casas particulares como ya ha sido adelantado. Si bien en la Argentina no existe una extranjerización de los servicios de cuidados nacionales como ocurre en otras latitudes, dado que la mayor parte (91%) de las mujeres que realizan actividades en este sector son argentinas (INDEC, 2024), se trata de la principal inserción de las mujeres migrantes (26%) a diferencia de las nacidas en el país que se insertan principalmente en el comercio por mayorista y menor. De esta manera, para las mujeres migrantes, el trabajo de casas particulares aparece como un nicho de mercado privilegiado lo que tiene consecuencias en las tasas de informalidad y pobreza de la población migrante (OIM, 2019). Pero, sobre todo, el espectro sectorial de las oportunidades de inserción se reduce notablemente entre las migrantes respecto a la población nativa que presenta una distribución mucho más diversificada (INDEC, 2025). Los estudios locales (Cacopardo, 2011, Maguid, 2011) permiten señalar, entre otros aspectos, que a diferencia de lo que sucede en los países del “norte”, la presencia de mujeres migrantes desempeñándose en trabajos de cuidado remunerados en las grandes ciudades argentinas, sobre todo como trabajadoras de casas particulares, tiene poco de novedoso y no puede relacionarse directamente con una crisis en los servicios de cuidado ofrecidos por el Estado. De hecho, por el contrario, quizás sea la persistente e histórica ausencia del sector público en la esfera de los cuidados lo que puede explicar la importancia y vigencia del trabajo doméstico remunerado en amplios sectores de la sociedad. De esta manera, las miradas novedosas que habilita el cuidado para comprender el trabajo en casas particulares es especialmente relevante para comprender lo que las mujeres hacen fuera de sus hogares.

Desde la perspectiva de los cuidados se han analizado las características menos evidentes, aunque centrales de las actividades remuneradas en las que participan las mujeres migrantes como su dimensión emocional, el vínculo con los y las empleadores y los tipos de cuidados involucrados. Permite entender la definición de la mayor parte de estos empleos como pocos calificados al estar asociados a “saberes innatos” construidos como femeninos lo que resulta en la feminización de ciertos sectores del mercado de trabajo escasamente valorados y con una baja retribución económica. El gran supuesto sobre el que descansa la invisibilización de los saberes que supone “saber cuidar” es que las mujeres se encuentran “naturalmente” aptas para realizarlos (esto sucede con el empleo doméstico, el cuidado doméstico e institucional pero también con otros empleos de mayor calificación como la enfermería). Así, la precarización del trabajo de cuidado remunerado se relaciona con su feminización.

Entre las migrantes, las inserciones laborales suelen girar alrededor de lo que se considera “el trabajo sucio” del trabajo de cuidados (Duffy, 2007; Arango Gaviria, 2011). Empleos que suelen estar mal pagos porque se los supone como escasa o nulamente calificados y que no requieren saberes especializados. En muchos de estos trabajos el cuerpo es la principal herramienta de trabajo y el objeto de cuidado.

En este sentido, interesa retomar aquellas autoras que enfatizan el conjunto de las actividades de cuidados remunerados como un espacio necesariamente heterogéneo y desigual. Tal es el caso de Duffy (2007), quien retoma el feminismo clásico para comprender a las tareas de cuidado remunerado como formas asalariadas de reproducción de la vida y de la fuerza de trabajo. Esta noción ampliada incluye actividades con diferentes jerarquías: tanto las tareas destinadas al cuidado del otro/a, en las que se supone un lazo directo y emocional con el/la sujeto/a cuidado/a, como las que Duffy considera “el patio trasero” del cuidado, vinculadas a tareas de limpieza, cocina y maestranza. De modo similar, la socióloga Arango Gaviria (2011) plantea la necesidad de diferenciar entre las actividades de cuidado de acuerdo a su valoración simbólica, el prestigio que adquieren en la sociedad y su respetabilidad social. Estas clasificaciones dependen del espacio en que se desarrollen, el carácter remunerado o no de la actividad, las calificaciones que se requieran, las tareas involucradas (más nobles, ligadas a la reproducción de la vida o bienestar de las personas o más “sucias”, relacionadas con el mantenimiento de las condiciones materiales de vida, objetos y espacios de reproducción social) y la posición que ocupen en el orden social los/as cuidadores/as y quienes son cuidados/as. Las mujeres migrantes se insertan en la retaguardia de los trabajos de cuidados generalmente precarizados, invisibles y desiguales.

Como ocurre con otras agendas feministas, centrar la mirada en las mujeres migrantes al analizar el sector de los cuidados, complejiza la mirada para asumir desigualdades interseccionales que suponen la incorporación de la situación migratoria, aspectos raciales y de clase. Porque el cuidado no sólo está mal distribuido entre varones y mujeres sino también entre mujeres por cuestiones de clase, raciales y étnicas. La inserción de las mujeres migrantes en el sector de cuidados remunerados, en muchos casos en el ámbito doméstico, nos convoca a reflexionar sobre la existencia de jerarquías entre las mujeres, la economía moral del cuidado, y la relevancia del trabajo de otras mujeres para el activismo de muchas otras, incluidas las feministas. Si la incorporación del feminismo ilumina amplios aspectos de la vida de las mujeres migrantes, incluir su presencia complejiza las nociones feministas dando cuenta de las múltiples jerarquías que condicionan nuestras vidas.

Hay un último aspecto que la perspectiva del cuidado colabora a comprender desde novedosas aristas. Se trata de lo que se conoce como el trabajo de “cuidado comunitario” que tiene particularidades muy precisas en el contexto nacional. Tal como lo señalan Magliano y Perissinotti (2020) en el transcurso del siglo XX, y jalonados por profundas crisis económicas, los sectores subalternos del país se vieron en la necesidad de activar diversas estrategias de subsistencia y reproducción social que exceden y conviven con aquellas desplegadas en el ámbito familiar. En el país, como en otros de América Latina, los sectores populares se apoyan en estas actividades de cuidado comunitario ante el déficit en los servicios provistos por el Estado y la imposibilidad de contratarlos en el mercado (Rosas y Gil Araujo, 2021). Se trata de actividades comunitarias realizadas en los barrios populares relacionadas con diversas esferas del cuidado (salud, alimentación, saneamiento del entorno barrial, los jardines y guarderías comunitarios, etc.) que gestionan sobre todo las mujeres pobres, entre ellas muchas migrantes, para asegurar la reproducción de la vida cotidiana individual, familiar y barrial (Magliano y Perissinotti, 2020). De esta manera, de

modo no remunerado o subnumerados, muchas de las mujeres migrantes se dedican a garantizar la vida en común de sus barrios.

## 6. Reflexiones finales

Este trabajo reflexivo tuvo como principal propósito analizar las consecuencias de la incorporación de la perspectiva de cuidado en los estudios migratorios a partir de la experiencia en la Argentina. El hecho de que sea reciente, posibilita reconstruir su emergencia en los estudios locales y la circulación de la categoría. Asimismo, es importante subrayar que este cruce se inscribe en una tradición mayor que intenta comprender las cuestiones de género dentro del campo de los estudios migratorios. En este sentido, se sostiene que la mirada sobre los cuidados permite acercarse a las promesas feministas sobre la necesidad de transformar las categorías del conocimiento social para una mayor comprensión del mundo en el que vivimos. La perspectiva del cuidado permite vincular las prácticas de las mujeres migrantes en diferentes ámbitos: sus casas, sus trabajos y en el espacio público y comunitario tanto en la sociedad de origen como en la de destino y a través del desplazamiento migratorio. De esta manera, habilita nuevos sentidos sobre las experiencias de las mujeres migrantes al develar la relevancia del trabajo de cuidados, remunerado y no remunerado, tanto en el origen de la migración como a lo largo de la trayectoria. La especial vinculación que tienen con las tareas de cuidados no remuneradas dentro de sus hogares (al igual que el resto de las mujeres), con los cuidados transnacionales (orientados al lugar de origen) y con la inserción preferencial en trabajos de cuidados remunerados (que suelen ser precarios, informales, lejanos y de horarios extensos) las hace particularmente vulnerables a transitar situaciones de “falta de tiempo”.

Pensar el cuidado permite hacer inteligibles las trayectorias de las personas migrantes, especialmente de las mujeres, visibiliza tanto las precariedades económicas como de cuidados en los países de origen, los reveses para sustentar la vida imaginada, las promesas laborales en el sitio de destino, las presiones por apuntalar proyectos personales y parentales transnacionales. Pero, también, permite observar las oportunidades que estas mujeres fueron construyendo a partir de redes y espacios comunitarios. Así, vislumbra prácticas discretas y silenciosas que conforman un trasfondo vital de singular relevancia para el sostén cotidiano de nuestras sociedades realizadas en condiciones precarias, mal pagadas y poco reconocidas.

Así, incorporar la mirada hacia el cuidado permite advertir la relevancia de las mujeres migrantes en los sistemas de cuidado locales que permiten sostener la vida de las personas que las rodean, la vida en común y hacer posible el resto de las actividades. Se ha señalado también la existencia de jerarquías dentro de las actividades de cuidado, que se trasladan a las cuidadoras, y el hecho de que las mujeres migrantes suelen ocupar los escalones más bajos. Desde el contexto de pandemia y la politización de la agenda de cuidados se percibe una tensión entre una lógica de reconocimiento y de desprecio (Pedreño y Sánchez, 2020) que no termina de saldarse. Las personas migrantes, especialmente las mujeres, son esenciales en el sostenimiento del cuidado, tanto de la población en general, como de sus

comunidades y familias, en destino y origen. Reconocer este trabajo, las desigualdades interseccionales que lo atraviesan y su efecto en los itinerarios de las mujeres migrantes es primordial para pensar políticas de cuidado integrales en nuestras sociedades.

*Recibido el 12 de mayo de 2025, aceptado el 14 de julio de 2025.*

**\*Ana Inés Mallimaci Barral** es Doctora en Ciencias Sociales por la UBA en cotutela con la EHESS. Magister en Metodología de la Investigación Social por la UNTREF. Licenciada en Sociología de la UBA. Actualmente es investigadora independiente del CONICET en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-CONICET). Docente titular regular en la UNAJ. Correo: [anamallimaci@gmail.com](mailto:anamallimaci@gmail.com)

## Bibliografía

- Arango Gaviria, L. (2011). El trabajo de cuidado: ¿servidumbre, profesión o ingeniería emocional? En L. G. Arango y P. Molinier (Eds.), *El trabajo y la ética del cuidado* (pp. 91–109). La Carreta.
- Borgeaud-Garciandía, N. y Georges, I. (2014). Travailleuses en migrations dans «les Suds»: Déplacements de regards, reconfigurations de l'«objet». *Revue Tiers Monde*, 217, 7–24.
- Cacopardo, C. (2011). *Extranjeras en la Argentina y argentinas en el extranjero*. Biblos.
- Chant, S. y Radcliffe, S. (1992). Migration and development: The importance of gender. En S. Chant (Ed.), *Gender and migration in developing countries* (pp. 1–39). Belhaven Press.
- Devoto, F. (2004). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Sudamericana.
- Duffy, M. (2007). Doing the dirty work: Gender, race and reproductive labor in historical perspective. *Gender and Society*, 21(3), 313–336.
- Esquivel, V. (2015). El cuidado: de concepto analítico a agenda política. *Nueva Sociedad*, 256. <https://nuso.org/articulo/el-cuidado-de-concepto-analitico-a-agenda-politica/>
- Federici, S. (2016). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Tinta Limón.
- Gilligan, C. (1982). *In a different voice: Psychological theory and women development*. Harvard University Press.
- Gregorio Gil, C. (1997). El estudio de las migraciones internacionales desde una perspectiva de género. *Migraciones*, 1, 145–175.
- Groisman, F. y Sconfienza, M. E. (2013). El servicio doméstico en Argentina: Particularidades y desafíos de un sector relegado (2004–2012). *Carta Económica Regional*, 25, 151–172.
- Herrera, G. (2011). Cuidados globalizados y desigualdad social: Reflexiones sobre la feminización de la migración andina. *Nueva Sociedad*, 233, 87–98.
- Herrera, G. (2012). Género y migración internacional en la experiencia latinoamericana: De la visibilidad del campo a una presencia selectiva. *Política y Sociedad*, 49(1), 35–46.
- Herrera, G. (2013). *Lejos de tus pupilas. Familias transnacionales, cuidados y desigualdad social en Ecuador*. ONU Mujeres–FLACSO.

- Herrera, G. (2016). Trabajo doméstico, cuidados y familias transnacionales en América Latina: Reflexiones sobre un campo en construcción. *Les Cahiers ALHIM*, 31. <https://doi.org/10.4000/alhim.5430>
- Hochschild, A. (2000). Global care chains and emotional surplus value. En T. Giddens y W. Hutton (Eds.), *On the Edge: Globalization and the New Millennium* (pp. 130–146). Sage Publishers.
- Hondagneu-Sotelo, P. (2000). Feminism and migration. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 571, 107–120.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos. (2024). Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2022: *Resultados definitivos. Migraciones internacionales e internas*. [https://censo.gob.ar/wp-content/uploads/2024/01/censo2022\\_migraciones.pdf](https://censo.gob.ar/wp-content/uploads/2024/01/censo2022_migraciones.pdf)
- Magliano, M. J. (2009). Migración, género y desigualdad social: La migración de mujeres bolivianas hacia Argentina. *Revista Estudios Feministas*, 17, 349–367.
- Magliano, M. J. y Perissinotti, M. V. (2020). La periferia autoconstruida: Migraciones, informalidad y segregación urbana en Argentina. *EURE. Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, 46(138), 5–23.
- Maguid, A. (2011). Migrantes sudamericanos y mercado de trabajo. En *La inmigración laboral de sudamericanos en Argentina* (pp. 109–130). OIT/Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.
- Mallimaci Barral, A. I. (2005). Nuevas miradas: Aporte de la perspectiva de género a los estudios migratorios. En N. Cohen y C. Mera (Comps.), *Relaciones interculturales: Experiencias y representación social de los migrantes* (pp. 115–138). Buenos Aires: Antropofagia.
- Mallimaci Barral, A. I. (2009). Estudios migratorios y perspectiva de género. Apuntes para una discusión sobre la relación entre los géneros y las migraciones. *Revista Estudios Digital*, 22.
- Mallimaci Barral, A. I. (2018). Circulaciones laborales de mujeres migrantes en Buenos Aires: De empleadas domésticas a enfermeras. *Cadernos Pagu*, 54. <https://doi.org/10.1590/18094449201800540012>.
- Mallimaci Barral, A. I. y Magliano, M. J. (2020). Esperas y cuidados: Reflexiones en torno a la gestión del tiempo de mujeres migrantes en dos espacios urbanos de Argentina. *REMHU*, 28(59). <https://doi.org/10.1590/1980-85852503880005910>.
- Mallimaci Barral, A. I. y Magliano, M. J. (2022). Trayectorias laborales de trabajadoras domésticas migrantes en Argentina. *Revista Reflexiones*, 103(1). <https://doi.org/10.15517/rr.v103i1.50872>.
- Mezzadra, S. y Neilson, B. (2016). *La frontera como método*. Tinta Limón.
- Organización Internacional para las Migraciones. (2023a). *Movilidad en la República Argentina*. <https://argentina.iom.int/sites/g/files/tmzbdl901/files/documents/2023-09/movilidad-en-la-republica-argentina.pdf>
- Organización Internacional para las Migraciones. (2023b). *Condiciones de vida y situación laboral de las personas migrantes en la República Argentina*. <https://argentina.iom.int/sites/g/files/tmzbdl901/files/documents/2024-12/condiciones-de-vida-y-situacion-laboral-2023.pdf>

- Pedone, C. (2002). Las representaciones sociales en torno a la inmigración ecuatoriana a España. *Íconos*, 14, 55–66.
- Pedone, C. (2006). *Estrategias migratorias y poder: Tú siempre jalas a los tuyos*. Quito: Abaya-Yala/AECI, Plan Migración, Comunicación y Desarrollo.
- Pedone, C. y Gil Araujo, S. (2008). Maternidades transnacionales entre América Latina y el Estado español: El impacto de las políticas migratorias en las estrategias de reagrupación familiar. En Colectivo IOE, *Nuevos retos del transnacionalismo en el estudio de las migraciones*. Observatorio Permanente de la Inmigración, Ministerio de Trabajo e Inmigración.
- Pedreño, A. y Sánchez, M. (2020). *Los territorios rurales y la crisis sanitaria en España. Sociología en cuarentena*. <https://sociologiaencuarentena.tumblr.com>
- Pérez Orozco, A. (2009). *Cadenas globales de cuidado*. Serie Género, Migración y Desarrollo, Documento de Trabajo 2. INSTRAW.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Traficantes de Sueños.
- Sayad, A. (1999). *La double absence: Des illusions de l'émigré aux souffrances de l'immigré*. Seuil.
- Suárez Navaz, L. (2005). Transformaciones de género en el campo transnacional: El caso de mujeres inmigrantes en España. *La Ventana*, 20, 293–331.
- Suárez Navaz, L. (2008). Lo transnacional y su aplicación a los estudios migratorios: Algunas consideraciones epistemológicas. En E. Santamaría (Ed.), *Los retos epistemológicos de las migraciones transnacionales* (pp. 55–78). Barcelona: Anthropos.
- Tronto, J. (1993). *Moral boundaries: A political argument for an ethic of care*. Routledge.
- Tronto, J. (2007). *Un monde vulnérable: Pour une politique du care*. La Découverte.
- Tronto, J. (2020). *¿Riesgo o cuidado?*. Fundación Medifé.
- Vega, C. y Gutiérrez-Rodríguez, E. (2014). Nuevas aproximaciones a la organización social del cuidado. *Debates latinoamericanos. Íconos*, 50, 9–26.

